

“Purgar la Iglesia del afeminado, del débil, del deshonesto, del indigno, del hipócrita y del malévolo dará paso a la restauración que realmente necesitamos: una restauración de la hombría y del catolicismo fuerte que reconoce las aportaciones iguales pero diferentes de hombres y mujeres y encarna lo mejor de ambos. Lo que le falta a la Iglesia es masculinidad. Es el estar dispuesto a exponerse al fuego enemigo, ya venga de críticas en las redes sociales, fuego real en el campo de batalla o los horrores de la Pasión. Es el impulso contrario a la cobardía llorica del mezquino intrigante palaciego.”

—MILO

“Una descripción, franca, divertida, mordaz y precisa del fallido papado de Francisco.”

—Leon J. Podles

“Los lectores de Milo no se escandalizarán por sus bulliciosos ataques contra las políticas identitarias y el cliché victimario. Esas son características de su ingenio cómico y literario. Pero, como yo, pueden sorprenderse al descubrir que su desdén por el materialismo izquierdista se basa en la fe en Dios y en el amor por su (poco) Santa Iglesia. En *Diabólico*, dirige su rabia contra los izquierdistas infiltrados en la cúpula católica, especialmente contra el principal culpable de entre ellos, el papa Francisco, el Hipócrita. Incendiario.”

—Michael Rectenwald

Índice

Introduccion. Milo y la guerra cultural.	7
DIABÓLICO	
¿Es católico el papa?	23
Padre Michael	43
Enemigo del pueblo	53
El feminismo es un cáncer espiritual.	71
Hagamos que el Vaticano vuelva a ser hetero	85
Hacer sitio a la derecha no religiosa	101
El papa debe morir.	115
Apéndice	139
Notas	152

MILO Y LA GUERRA CULTURAL

por Fernando Nolla

1

Milo se define a sí mismo como un guerrero cultural. Su divisa, tomada de un pasaje de Chesterton, es *risa y guerra*. Risa, porque su método es argumentar con datos y razonamientos, pero creando un clima de espectáculo chocante y haciendo reír a carcajadas. Aquí alguno llamaría esperpéntica su forma de actuar. Guerra, porque sabe que atreverse a decir lo que él dice es entrar en guerra, y la guerra es siempre dura y sangrienta, de la que sería iluso pretender salir ileso. Especialmente si, como hace Milo, das la batalla a pecho descubierto y en campo enemigo; es decir, en platós de televisión abarrotados de feministas y en campus universitarios donde tantos estudiantes se sienten innovadores, contestatarios e imbatibles porque repiten a gritos lo que les dicen sus profesores.

Milo Yiannopoulos representa hoy, quizá mejor que ningún otro, algunas características distintivas de la más reciente reacción combativa de los amantes de la antigua y fantástica cultural occidental frente a las cada vez más absurdas y alarmanes ocurrencias de la posmodernidad. Algunas de esas características son: a) no dar nunca por perdida ninguna batalla; b) no acomodar nunca el lenguaje a las exigencias de lo políticamente correcto; c) decir lo que se piensa y no excusarse nunca por decirlo; d) no esperar nunca piedad ni perdón del enemigo; e) no tratar de convencer al enemigo, sino de machacarle y que se rían de él; e) disfrutar con los ataques

de rabia e histeria que sus palabras provocan en sus enemigos, especialmente si son feministas, y f) estar dispuesto a morir por la libertad.

Milo es un conservador radical con aspecto muy moderno, lo que deja durante unos instantes a sus enemigos con la boca abierta de asombro y dudando de si se trata de uno de los suyos, lapso que aprovecha para hacer oír su argumento: ¿Un icono gay atacando el *orgullo gay*, la adopción de niños por parejas homosexuales, el feminismo y la mafia lavanda en la Iglesia Católica? ¿Un supuesto supremacista blanco, azote de Black Lives Matter, casado con un hombre de raza negra? ¿Un personaje que alardea su lenguaje procaz es un fervoroso cristiano? El pasmo dura poco, sus enemigos se sienten traicionados y gritan con redoblada histeria.

Pero en realidad, todo el glamur y humor que derrocha Milo en conferencias, debates, artículos y libros no puede ocultar del todo al personaje grave, rebelde y, en gran medida, trágico que hay detrás y que en este libro se revela con inusitada fuerza.

2

Pero antes de seguir, ¿qué es la guerra cultural? En Estados Unidos es un término de uso corriente. Aquí, lo que más se le parece es la llamada *batalla de ideas*. Pero la guerra cultural va mucho más allá. La cultura no está hecha sólo de ideas, sino también de emociones, sentimientos y creencias. Andrew Breitbart dijo una frase ampliamente citada que sintetiza bien este concepto: *politics is downstream from culture*. Las aguas que llegan a la política han pasado antes por la cultura; la cultura está antes de la política.

Se podría aventurar una definición: la guerra cultural es una guerra revolucionaria, el sustituto conceptual de la vieja guerra de clases. Se aplica el mismo esquema de enfrentamiento radical fundamentado en una diferencia absoluta de

¿ES CATÓLICO EL PAPA?

El papa Francisco ha dicho que los pastores deben tener el olor de sus ovejas. Estoy de acuerdo. Pero me pregunto si la pestilencia que viene del Vaticano bajo su mandato no es un poco excesiva. Esta es una historia de cómo el abuso de niños en la Iglesia Católica, que llegó a sus máximos hace décadas, amenaza hoy con desmembrar el Vaticano porque el papa Francisco, sostienen quienes le acusan, ha ido demasiado lejos protegiendo sacerdotes abusadores que le son personalmente fieles. Trata de cómo la guerra de guerrillas que desde hace décadas enfrenta a obispos tradicionalistas y progresistas ha estallado en guerra abierta a raíz de unas explosivas revelaciones sobre mutuos encubrimientos de la *mafia lavanda* de obispos gais. Sí, hay una mafia gay, y sí, sus atuendos son fabulosos.

Es la historia de cómo los periodistas occidentales se lanzaron en defensa de un papa que protegía y volvía a usar los servicios de acosadores de niños porque les encanta la imagen de Francisco como reformista y progresista de izquierdas. Es la historia de una Iglesia desorientada que necesita recuperar la confianza de sus 1.200 millones de seguidores. Trata sobre algunos de los cambios sufridos en la Iglesia, y en general en toda la cristiandad, en los últimos cincuenta años, y cómo algunos de ellos han contribuido a la actual crisis de autoridad moral. Y es también una historia sobre lo que me pasó en

Kent, Inglaterra, en 1997, a manos de un sacerdote católico que yo conocí como padre Michael.

Por mucho que la prensa de habla inglesa quiera ocultar sus implicaciones políticas, el último escándalo de abuso infantil tiene el potencial de hundir a la Iglesia entera. Voy a explicarle qué podríamos hacer para evitar que eso suceda, y por qué deberíamos intentarlo. Por muy desagradables y horripilantes que sean los pecados de personajes de alto y bajo rango, la Iglesia es todavía una colosal fuerza benefactora en el mundo –de hecho, es el fundamento y origen de prácticamente todo lo que merece la pena conservar de la civilización occidental–, por no hablar de su condición de única institución internacional capaz de resistir el ascenso del islam.

No hay ángeles en esta historia, pero algunos salen mejor parados que otros. Conforme vamos conociendo nuevos documentos, cartas, informaciones de primera mano, rumores... que trascienden los portafolios eclesiásticos, las perspectivas del papa Francisco empeoran más y más. Los datos fundamentales de la historia son los siguientes. El arzobispo Carlo María Vigano, antiguo nuncio del Vaticano en los Estados Unidos, afirma que el papa Francisco conocía la serie de acosos sexuales contra seminaristas por parte del antiguo cardenal Theodore McCarrick, pero no obstante le rehabilitó poniéndole «de nuevo en circulación», pese a que el papa Benedicto XVI le había sancionado previamente limitando sus movimientos y apariciones en público¹. Vigano acusó a Francisco en una larga y detallada carta de «comportamiento inmoral y heterodoxia doctrinal», vinculando a una docena de altos jefes de inclinación izquierdista con abusos de menores, y reclamando la dimisión del papa². La carta declaraba públicamente lo que desde hacía tiempo muchos sospechaban del Vaticano: que una camarilla de homosexuales izquierdistas ejercía un enorme poder en la jerarquía eclesiástica y estaba hundiendo al conjunto

PADRE MICHAEL

«Últimamente no puedes ojear un periódico o entrar en una web sin encontrar otra mortificante historia en la que están envueltos un cura, su pene, y un niño... Bien, estoy aquí para defender a nuestros sagrados padres. La verdad del asunto es que sacerdotes católicos me han hecho algunas de las mejores mamadas de mi vida»⁶¹. No es una cita mía, lamentablemente. Pero soy bien conocido por tomarme a broma, usando chistes de mal gusto sobre clérigos sobones de niños, algo horrible que me sucedió a mitad de los 90. Comprendo que haya gente que le resulte extraño que no esté más destrozado por aquello.

Es más, disfruto haciendo chistes provocadores. Una vez empecé una conferencia en una facultad llevando un alzacuello de sacerdote y un cartel: «Si todos los sacerdotes fueran tan atractivos (como yo), los niños pequeños dejarían de quejarse». Desde que sufrí abusos sexuales a manos de un sacerdote he podido comprobar que la gente que ha pasado por lo que yo pasé tiene muy diversas reacciones, no todas emocionalmente incapacitantes o paralizantes. Mi otra broma de circunstancias solía ser: «No me voy a poner histérico por lo que pasó. Si no hubiera sido por el padre Michael, no haría tan extraordinarias mamadas». Eso no es históricamente del todo cierto, como se verá a continuación.

Nunca antes había hablado de esto así, pero para aquellos interesados, aquí tienen algunos detalles. En mi pubertad,

cuando tenía entre trece y quince años, cantaba en un coro en Kent, Inglaterra, que ensayaba varias veces al mes. Yo me encontraba entonces llorando la pérdida de mi voz de soprano, con la que había cantado solos en la Catedral de Canterbury con algún éxito, por lo que disfrutaba de aquel entretenimiento que me permitió acostumbrarme a mi nuevo registro. No todo estaba perdido. La vida como barítono alto no es el fin del mundo. Era un coro con cierto prestigio y dimos conciertos bastante importantes. Todavía guardo un casete de uno de nuestros conciertos de Navidad.

Yo tenía en el coro un amigo más mayor que era bisexual llamado Alex, con quien había tocado en un grupo musical en el instituto. Alex me presentó a un cura católico, el padre Michel, después de un ensayo. Me lo presentó como un amigo, pero de una forma un tanto extraña, como dando a entender algo que entonces no supe qué era. Luego me enteré que el padre Michael había estado *viendo* a Alex y que Alex estaba tratando de evadirse de sus garras entregándole carne fresca.

El truco funcionó. Ocasionalmente, y a lo largo de dos años y medio, el padre Michael me daba vino tinto y galletas en su casa mientras sonaba Rachmaninov y Gershwin en el tocadiscos. Hablábamos de literatura y filosofía. Yo le dejaba que hiciera actos sexuales conmigo. El sólo quería lamer y chupar, lo que era un alivio, porque no me atraía y probablemente me hubiera largado de allí si hubiera pretendido más de mí.

Si usted ha ido a un internado pijo, sabrá que a los quince años cualquiera acepta encantado una mamada venga de donde venga. Muchos de los niños ricos enjaulados con otros chicos durante semestres, permiten que los chicos gais les hagan pajas o mamadas. Así es como yo vivía el asunto con padre Michael. Me gustaba correrme y a él le gustaba hacerlo, y no pensaba mucho más en ello, excepto que debía seguir mintiendo a mi madre sobre las visitas a amigos después del coro.